

LA MUJER Y SU MAYOR ENEMIGO

CONFERÈNCIA A CÀRREC D'EN JACINT BENAVENTE, DONADA
EN EL TEATRE BARTRINA, LA NIT DEL DIJOUS, DIA 27 DE MARÇ

Señoras y Señores :

Aunque, en realidad, esta lectura sólo a las señoras ha de interesar y sólo para ellas está escrita.

Casi convendría que los hombres no la escucharan; pero supongo que los hombres aquí presentes nos guardarán el secreto de cuanto aquí ha de tratarse. No quisiera yo que sacaran partido de todo ello para presumir de seres superiores. ¡Ya presumen bastante! Por presumir, de seguro que ya han supuesto, al oír el título de esta lectura, «La mujer y su mayor enemigo», que ese enemigo es el hombre, ya que en el demonio no hay que pensar, por ser enemigo universal de todo el género humano. Pero el demonio es un simple intermediario, desde los primeros tiempos del Paraíso hasta nuestros días. Ya lo dice el refrán: «El hombre es fuego, la mujer estopa, viene el diablo y sopla.» En lo que no estoy conforme es en el reparto de papeles. Hay ocasiones en que la mujer es el fuego y el hombre la estopa.

Ya dijo Le Dantec que el sexo no está nunca bien definido, el sexo no está localizado como puede creerse. Puede haber hombres femeninos y mujeres masculinas. Por ejemplo, en los escritores. Cuando una escritora quiere parecer muy femenina en sus escritos, sólo consigue parecer un hombre afeminado; cuando un escritor quiere mostrarse muy masculino, más parece un marimacho. De escritoras que parezcan sólo mujeres sé de muy pocas; de escritores que sólo parezcan hombres sé de menos aún. Es que la obra de Arte, como toda creación, implica, bien ponderados, los dos principios: el femenino y el masculino. Sin un cerebro y un corazón

andróginos no es posible ser artista del todo.

Pero vamos a desengañar a estos señores, por si han llegado a creerlo, de que no es el hombre el mayor enemigo de la mujer.

El hombre podrá ser, en el peor caso, la parte contraria; pero como enemigo no tiene la menor importancia. El mayor enemigo de la mujer... Hobbes dijo: «El hombre es el lobo del hombre.» Pues el lobo de la mujer, su mayor enemigo..., es... ella misma.

La mujer es el mayor obstáculo a todo lo que pudiera emanciparla, mejorar su condición social; ella es la rémora de todas sus reivindicaciones, de sus derechos, la que se opone a las leyes y a las costumbres que pudieran darle mayor libertad, mayor independencia.

Porque, seamos francos: Cuando una mujer se pone el mundo por montera, como suele decirse, ¿quienes son los primeros en denostarla, en caer sobre ella furibundos, en hacerla imposible la vida? Las mujeres. A los hombres, como comprenderéis, más nos divierte que nos enfada.

Pero la mujer es implacable con la mujer que ama libremente, sin intervención de la Iglesia, del Estado. Es la protesta del comerciante contra otro comerciante del mismo gremio que abarata los géneros, haciendo, según frase comercial, imposible la competencia.

Y así, todo el gremio femenino cae sobre la competidora que abarata los precios. El amor no tiene más que un precio legal..., el matrimonio, el matrimonio con todas sus formalidades.

El sindicalismo femenino no transige con las amarillas.

De modo que para la mujer que quiere pasar por honrada no hay más camino que el matrimonio. Y ¿quién ha hecho en el amor inseparables los dos conceptos, honradez y matrimonio...? Las mujeres.

Ellas son las más severas censoras de toda transgresión al convenio tácito. La mujer que se entrega por amor, fuera de las formalidades religiosas y legales, queda desconceptuada entre ellas. Unas dirán: «¡Qué local!» Otras dirán: «¡Qué tonta!» Las menos dirán: «¡Pobrecilla!» En todo va implícita una sola verdad: ¡Desgraciada! Pero esa desgracia es la tacha imborrable, el estigma con que la opinión de las mujeres la dejan marcada para siempre. Aún las más tolerantes llegan a la indulgencia con la mujer que no pertenece a su misma clase social. No ven tanto a la competidora fraudulenta.

Sólo en las más humildes suele darse la tolerancia, la comprensión y la indulgencia... Pero es que entre las mujeres de humilde condición social es otra la solidaridad, la del mayor peligro, que es para ellas el abandono. Como la mujer pobre sabe que todo puede sucederle, sabe mejor perdonarlo todo. Es que para comprender el dolor no hay inteligencia como el dolor mismo.

Ya lo dijo el moralista: «Nos reímos de los males de que nos creemos exentos.» Del mismo modo censuramos las faltas que nos creemos seguros de no cometer. La justicia de los impecables está muy cerca de ser crueldad.

Por mucho tiempo, temo que todavía, ha sido frase vulgar: «El matrimonio es la carrera de la mujer.» Y eso es lo malo, que sea carrera, en el más amplio sentido de la palabra, en el de correr en pos del marido.

Ahora veamos: en esa carrera matrimonial, ¿quién ha levantado los mayores obstáculos? La mujer misma. Examinemos las posibilidades que el matrimonio ofre-

ce a la mujer en las diferentes clases sociales.

Para la mujer de humilde condición, en los matrimonios entre pobres, el hombre busca una compañera..., ¡ay!, casi siempre una esclava, que le ahorre tiempo y dinero. Tiempo y dinero que él no puede dedicar a la persecución del amor de aventura, constante peligro también para su salud. Tiempo y dinero, por necesitar a su lado quién atienda al cuidado de la casa. Para el obrero, la mujer propia siempre supone economía. La mujer puede aportar también al peculio conyugal con su trabajo. En ese caso son los hijos los que padecen las consecuencias. Nacidos y criados en las peores condiciones, pues la madre ha de trabajar hasta días, horas antes, quizás hasta el instante mismo del alumbramiento. Abandonados, después, durante el día, faltos del cariño y los cuidados maternales... ¡Cuánto han mentido los escritores y los poetas al ponderar el amor, la paz de los pobres hogares, en contraposición con el frío hogar de los ricos! No; es más piadoso decir la verdad. La mayor miseria de la miseria es que los miserables no se den cuenta de ella... ¡Tan natural les parece! Y no me refiero a la miseria material, es más horrible la miseria espiritual, la penuria de afectividad, casi reducida al puro instinto. Y en la pobreza, ¡qué raro es el idilio! El terrible episodio del conde Ugolino, en el infierno dantesco, puede ser símbolo del hogar del pobre. Como el conde Ugolino, al referir como devoró los cadáveres de sus hijos, exclama: «Más que el dolor pudo el hambre...», así el hambre, y con ella todos los instintos de conservación, pueden más que el cariño conyugal, que el amor a los hijos. Es cruel decirlo, pero es la verdad. Esos infiernos de la miseria son como el Infierno, según Santa Teresa...: Un lugar donde no se ama, o se ama de tal forma, que en las madrigueras y en los cubiles de las fieras tal vez el instinto del amor se muestra más ennoblecido que en esa baja humanidad, en que los maternales

sentimientos están atrofiados, pervertidos por pasiones y vicios de que no son capaces los animales.

Triste es que la mujer pueda envidiar a la fiera, triste es que los hijos de la mujer puedan envidiar a los cachorros de las fieras, pues hay antros en que habitan seres humanos en donde el amor es menos espiritual que el celo de las bestias, en donde la maternidad es menos solícita que en los nidos y en los cubiles, en donde los hijos saben más de golpes que de caricias, en donde la mujer no es siquiera la hembra: es... la pobre mujer.

Y los hombres se sintieron tan orgullosos cuando dieron por abolida la esclavitud. ¡Que lo digan tantas mujeres esclavas por su condición social! Esclavas del hombre si quieren vivir en su pobre honradez; más esclavas si buscan en el vicio libertad económica. ¡Pero es tan cara esa libertad! Esa libertad sólo puede tener una satisfacción: la del desprecio al hombre, la de explotar por el vicio al que no sería capaz de recompensar una virtud con la mínima parte de lo que no regatea para satisfacer un capricho. De esos dos extremos, que son esclavitud cualquiera de ellos, ¿cómo puede librarse la mujer de humilde condición? ¿Ha de renunciar al amor para toda su vida, contentándose con vivir en celibato casi religioso de su pobre trabajo?

Y si cede a la inclinación amorosa sin esclavizarse por el matrimonio, sin venderse por necesidad; si acepta y ofrece el amor libremente, como un episodio de su vida, del que ella sólo está dispuesta a soportar las consecuencias; si emancipada económicamente por su trabajo, ella se basta para mantener y educar a sus hijos sin someterse a la tiranía del hombre, ¿cómo será juzgada su conducta? Esa libre y noble maternidad, ¿no será en adelante gravosa carga que le impida ganarse la vida? Y ¿quién será su mayor enemigo? Las mujeres.

Ninguna la admitirá a su servicio; ninguna la ofrecerá trabajo; les parecería com-

plicidad o culpable tolerancia. ¿De qué serviría ser honrada?, dicen.

Y entonces, ¿en dónde habrá de buscar amparo y defensa? ¿En el hombre, que a la mujer una vez caída ya la juzgan obligada a recaer continuamente sin permitirle siquiera el derecho de elección? Diréis que son muchas las mujeres que por su trabajo, por su propio esfuerzo han conseguido completa independencia y han logrado imponerse a la consideración y al respeto de todos. Si, tal vez las grandes artistas, mujeres superiores, geniales. Pero bien pueden contarse por los dedos, y las excepciones, cuanto más se destacan y se significan, más claramente nos dicen que son excepciones.

Poner como ejemplo, recibir como posibilidad lo excepcional es proceder de malísima fe. Mucho más cuando, al indicarnos el camino, los mismos que lo señalan suelen ser los que más lo dificultan.

Casi siempre los que nos dicen: «Allí puedes llegar», son los que más tiran de nosotros para que no lleguemos. A la mujer todos somos a señalarle caminos en la vida. Pero ¿cuántos somos capaces de guiarla por ellos, de desbrozarlos a su paso, de darle alientos y energía para avanzar animosa?

En la misma vocación artística, ¿qué mujer no tiene que luchar con la desconfianza de los suyos, con las burlas, con las habillitas de familiares y de amigos, con las protecciones interesadas por la mujer más que por la artista? Cuando un hombre por vocación artística ha llegado a la cumbre de su arte, ha necesitado menos esfuerzo, menos valor que una mujer cuando sólo ha dado el primer paso. Por eso vuelvo a decir que es inútil proponer a las mujeres estos altos ejemplos como posibilidades. La mujer que triunfa, no triunfa por ser mujer, sino a pesar de ser mujer, y a pesar de todos, hombres y mujeres, que habrán hecho todo lo posible por impedir su triunfo.

Y si esto sucede a la mujer genial, a la

que, al fin y al cabo, el triunfo puede compensarle de todo lo padecido, ¿qué será con la mujer que en modesta esfera lucha por lograr una situación que asegure su independencia económica? ¡Qué de asechanzas detrás de cada protección! ¡Qué sordidez al explotar su trabajo, considerando siempre que una mujer, por ser mujer, siempre puede contar con algo más que su trabajo! Los servicios de la mujer están siempre peor retribuidos que los del hombre. En el teatro, por ejemplo, descontadas algunas grandes actrices, dígame si, con el mismo sueldo que un modesto actor, una modesta actriz puede responder a lo que empresas, autores y público exigen de ella en vestuario y adorno de su persona. Y ¿quienes son las primeras en reirse de la pobre actriz mal vestida? Sus compañeras, en primer lugar; después, las espectadoras..., las mujeres. Ciertamente también son ellas las primeras en escandalizarse. Envidia mal disimulada, que se disfraza de moralidad; la envidia siempre anda disfrazada de algo. «¡Como es tan fea!», si alguna actriz de poco sueldo se presenta vestida con elegancia y con joyas de precio. De modo que ¿cómo acertará la infeliz? Claro es que, en la duda, ella prefiere acertar del modo más gustoso. Más vale ser envidiada que compadecida. Porque no se ha dado el caso de que a las actrices virtuosas ninguno o ninguna de las que se han reído de ella, por verla con un traje pobre o de mal gusto, les hayan regalado un traje mejor o su importe en dinero.

Gentiles espectadoras: yo sé que el Teatro es, debe ser, un espectáculo de Arte, ajeno a toda otra consideración. Pero ¿dejaremos todo sentimiento humanitario a la puerta? Respetad el pobre traje de la pobre actriz, aunque os parezca impropio del papel que represente; que vuestra risita burlona no sea incentivo de venganza, de la que pudiera ser instrumento tal vez vuestro esposo, vuestro hijo, vuestro prometido. Un pobre traje de cómica es muchas veces tan respetable como un hábito de re-

ligiosa. Y aún representa más fortaleza en la virtud, por lo mismo que la defiende menos. Que vuestra risita burlona no sea nunca incitación a la caída de la pobre muchacha que acaso despreció ocasiones de poder escandalizarnos con su lujo. ¡Cuántas veces la burla de otras mujeres pudo más que las ofertas tentadoras de los hombres para decidir una capitulación, que en este caso, no podemos llamar honrosa.

Para la mujer de elevada posición, para la joven que, por su significación social, el matrimonio no es apremio económico, ¿qué significa el matrimonio? Nadie como la joven que nada necesita, puede disponer de su corazón, unirse por amor al hombre elegido. Pero ¿sucede así? ¡Ante todo, el círculo limitado en que su vida se desenvuelve la permite conocer a tan pocos hombres y conocerlos tan poco! Relaciones de familia, muchachos en posición equivalente a la suya. Puede elegir para casarse entre los muchachos con quienes puede bailar. El matrimonio para ella viene a ser una danza más...

Recuerdo una hermosa poesía de la gran poetisa inglesa Miss Barrett Browning. Dice en ella una joven, sincerándose de recoger un sí otorgado impensadamente en el encuentro de un baile: «Anoche os dije sí; no extrañéis que ahora os diga no. Ayer no pensaba. Hoy he pensado. La hora de la danza no es la hora del amor. El amor es algo más serio; el que pretende una esposa debe buscarla en horas más graves. Entonces tendrá valor un sí o un no; no en el torbellino o el descanso de un baile.»

Para las muchachas distinguidas el sí y el no depende de la más leve circunstancia. Que el joven sea buena pareja. Figura, posición social o buen camino para conseguirla. Los propósitos del matrimonio no pueden ser más altruistas: se casan para los demás, para continuar tradiciones de familia, perpetuar el nombre y el rango de una casa, para seguir figurando en sociedad... Es lo que se llaman «buenas bodas.» «El lleva tanto; ella cuanto. Una bonita suma.»

O «Ella tiene más dinero que él, pero no es de tan buena familia.» O «El ahora no cuenta con nada, pero el día en que se mueran sus padres...» Se cuenta con todo, hasta con la muerte. La muerte también pesa en esta balanza conyugal en que han de equilibrarse los dos platillos con valores equivalentes. Lo que en un lado vaya de realidad, en otro de esperanzas; si a un lado pesa el dinero, que al otro pese un apellido nobiliario.

Cuando, por suerte de los dos, se unen dos cabecitas huera y dos corazones frívolos, hasta puede ser la felicidad un matrimonio así. Si los dos se contentan con las exterioridades brillantes de su posición: vestidos de París, joyas, autos de las mejores marcas, viajes, comidas, recepciones, amigos gratos..., todo eso que se llama distinción.

Pero si uno de los esposos—casi siempre suele ser la mujer—advierde pronto que la vida no es sólo lo exterior, que el corazón no vive de vestidos, joyas, autos, amigos tan asíduos como indiferentes; si la cabecita sueña y el corazón se entristece; si, ya tarde, se comprende que la vida no es todo aquello... Entonces... es la segunda equivocación: el amante, que no suele valer más que el marido, que sólo tiene sobre él la ventaja de ser lo prohibido, lo pecaminoso, el misterio, que, por ser misterio, parece sueño, y por parecer sueño, parece el ideal... Pero el ideal vale bien poco. El ideal suele ser algún Tenorio jac-

tancioso, que se complace en pregonar sus conquistas; algún irresistible, que irá dejando caer, como los pedazos de las esquelas perfumadas, jirones del corazón y de la honra de la ilusa que en él buscó lo que en el marido no hallaba...: la ilusión... Si las mujeres oyesen las confidencias de los hombres entre ellos, entonces sabrían que el peor marido es siempre mejor que el mejor amante. Entonces..., ante la desilusión, ante el desengaño, ¿qué le queda a la mujer? ¡Pobres mujeres! Para la adulación, para el halago a sus gracias, todos están de acuerdo. Para sus virtudes y sus gracias espirituales, también. Poetas, artistas, todos son a ensalzarla sobre todas las cosas. La mujer es soberana, la mujer es reina... ¡Reina sin reino! Porque ¿cuál es su reino? ¿La sociedad? Si por reinar se entiende lo que, en crónicas de salones, se designa por ser árbitro de elegancias, iniciadoras de modas... Y aún en este particular hay que confesar que las mujeres también se dejan gobernar por los hombres; que el modisto es más innovador que la modista; que el *coiffeur* mangonea en más distinguidas cabecitas que la peinadora; que el industrial, a medias con el dibujante—hombres los dos—, son los creadores y propagandistas de tejidos y de estampaciones; que el mueblista, hombre también, impone y cambia los estilos del mobiliario y la decoración, y hasta el cocinero, también del sexo fuerte, es legislador en la cocina para ser rey absoluto en el comedor.

(Continuarà)

